

Con indecible rapidez cundió el fuego de la rebelion del Albaicin á la Alhambra, de la Alcazaba Cadima á los deliciosos Carmenes del Hageriz, y á pesar de la resistencia que algunos amigos de Muley opusieron á los conjurados, inflamado el pueblo por las sugeriones de Aixa, que veia próximo el ansiado momento de satisfacer su venganza, los diezmos escuadrones de la guardia del Alcázar tuvieron que ceder, y Muley seguido de Zoraya huyó vergonzosamente refugiándose en el castillo de Mondujar.

Proclamado Boabdil rey de Granada, arrojado de la ciudad Muley con su favorita, Aixa empezaba á saborear el fruto de su venganza, cuando estuvo á punto de perderla por el atrevido arrojido de los partidarios de Muley, que aprovechándose tambien de las sombras de la noche intentaron pocos dias despues sorprender á los soldados y amigos de Boabdil. Vano fué sin embargo su empeño: despues de otra sangrienta y horrible lucha, quedó vencido de nuevo Muley, teniendo que retirarse á Málaga, en tanto que Boabdil y la sultana, recibian en la Alhambra las entusiastas aclamaciones de los granadinos.

Mientras de tal manera desperdiciaban los musulimes en estériles y civiles contiendas el valor que necesitaban para rechazar al comun enemigo, preparaba en Córdoba la Reina de Castilla decisiva campaña, que diera por seguro resultado el triunfo completo de la cruz. No habia de realizarse sin embargo tan colosal empresa, sin que sufrieran los cristianos graves reveses al continuar la comenzada lucha; y las derrotas de Loja y sobre todo el terrible desastre de la Ajarquía les enseñaron bien á pesar suyo, que aunque aunque reducidos á escaso territorio, conservaban los hijos del Profeta aquel valor astuto é impetuoso, á que debieron en mas felices dias sus rápidos triunfos.

La gloria del vencimiento en esta última jornada, tan terrible para los guerreros de Doña Isabel como de grande importancia para los infieles, recayó toda en Muley Hazen, que desde Málaga la habia impulsado, en su hermano el infante Abdalá-el-Zagal, los dos Venegas Abul Cacin y Redueen, y los demás caballeros adictos á Muley que en aquella risueña ciudad del Mediterráneo componian su corte,

y que en las escabrosidades de la Ajarquía habian obtenido una de las mas señaladas victorias que narran las crónicas de los árabes en España. Al tenerse noticia de tan completo triunfo en Granada, el pueblo inconstante, que dispensaba siempre sus simpatias y su apoyo al partido mas afortunado, en sus empresas contra los cristianos, aplaudió victoreando de nuevo á Muley Hazen y al Zagal, y murmuró de Abú-Abdila que no habia levantado el estandarte del *algied* ó guerra santa, desde su advenimiento al trono. Bien conocia tan peligroso contraste la sultana Aixa, que deploraba como el mas fanático musulman la culpable apatía de su hijo, y estimulándole á oscurecer con alguna señalada empresa los efectos favorables que la victoria de la Ajarquía produjo en el ánimo de los granadinos, decidióle á salir á campaña, reuniendo un ejército de 7000 infantes y 1500 caballos, la flor de la nobleza granadina y los mas valerosos guerreros de su pueblo. Reforzada esta animosa hueste con gran parte de la guarnicion de Loja, al mando de Aliatar, padre de la sensible Moraima, esposa de Boabdil, llegó el incauto Rey delante de los muros de Lucena, cargado con los fáciles despojos de aldeas y caserios indefensos, que habia ido saqueando á su paso. Envanecido de antemano con el triunfo que esperaba conseguir, brindó al alcaide de los Donceles que mandaba en Lucena á nombre de los monarcas cristianos, paz vergonzosa é intempestiva clemencia; pero rechazado por aquel valiente campeón en la terrible mañana del 21 de Abril de 1483, vió *Abu-Abdila* desbaratado completamente su ejército y muerto á su suegro Aliatar en lo mas reñido de la pelea, quedando él mismo despues de luchar como valiente, vencido y prisionero. No en vano llamaron á Boabdil desventurado.

Llevó la triste nueva á Granada el leal Cid Caleb, que hizo á Aixa y á Moraima la triste relacion de la derrota, y la desgraciada madre que tan rudo golpe sufría, tuvo bastante entereza para escuchar hasta los menores detalles, transida de dolor, pero sin que una lágrima corriese por sus mejillas denunciando su pena.

Divulgada bien pronto la triste nueva por toda la ciudad, olvidaron



los granadinos al vencido para pensar solo en buscarle sucesor, y como con tan rudo golpe el partido que habia ensalzado á Boabdil, quedaba completamente desprestigiado, presentándose Muley en la Alhambra, fácilmente se vió restablecido en su trono. Ni un solo alcaide osó resistir al anciano monarca: solo Aixa, la inflexible sultana, teniéndole en poco, retiróse con sus tesoros, sus doncellas y sus esclavos al palacio del Albaicin, por no morar bajo el mismo techo que prestaba abrigo á su aborrecida rival.

Boabdil entre tanto continuaba prisionero, aunque habia sido trasladado con el mayor decoro y las mas delicadas atenciones, desde Lucena á Córdoba, y desde esta antigua corte del califato español á la fortaleza de Porcuna. Los cariñosos consuelos de Aixa llegaban hasta su prision en sentidas cartas, llenas de ternura y de esperanzas, recomendándole siempre resignacion y prudencia, y haciéndole sagaces prevenciones acerca de la conducta que debia observar con los reyes D. Fernando y Doña Isabel para conseguir la libertad. «Que el temor, le decia, no oprima tu corazón ni aflija tu semblante, para que asi conozcan los poderosos príncipes de Castilla y Aragon que nunca has dudado de su magnanimidad: diles que ha tiempo pensabas ponerte bajo su proteccion y recibir de sus manos el cetro de Granada, como Jusef, su abuelo, de las de D. Juan II, padre de la augusta Doña Isabel.»

De este modo la incansable sultana preparaba sus planes para conseguir la libertad de su hijo, despachando al mismo tiempo para D. Fernando, que estaba en Córdoba, una comision de los magnates granadinos que le eran adictos, á fin de conseguir que se abriesen las prisiones del Zogoibi, pidiendo favor al mismo tiempo contra Muley y ofreciendo en cambio vasallage á la corona de Castilla, un tributo anual, crecido rescate, y la libertad de cuantos cautivos cristianos estuvieran prisioneros en las villas, lugares y fortalezas granadinas. De tal modo Aixa, arrastrada por su amor maternal y por el deseo de la venganza, preparaba sin conocerlo la pérdida de su patria; conducta que sin embargo puede encontrar disculpa en el bárbaro encono

de Muley, que ofreció á D. Fernando la libertad del Conde de Cifuentes y de otros nueve prisioneros distinguidos, si se le entregaba muerto ó vivo á Boabdil.

Aceptadas, despues de oir el parecer de la Reina Católica las proposiciones de Aixa, obtuvo el Zogoibi la libertad, dejando en rehenes á su propio hijo, y regresó á Granada hallando en la frontera de este reino caballeros de su partido y pages y esclavos, enviados secretamente por Aixa, para que entrase en el disputado territorio con todo el aparato y cortejo de soberano.

Sin detenerse en los pueblos del tránsito que le recibian con mas indiferencia de la que él esperaba, llegó á la ciudad del Genil, donde la sultana Aixa, ya por medio de dádivas, ya halagando la ambicion de unos ó excitando los rencores de otros, mantenía en el palacio del Albaicin el fuego de la conspiracion en favor de su hijo. Antes del alba se halló, sin obstáculo, al pié de los muros del palacio, donde le recibieron en sus brazos la severa Aixa y la afligida Moraima; y mientras solo tenia esta tiempo y deseo de contemplar á su esposo, restituido á su familia cuando le creian perdido, Aixa, convocó á sus parciales y escitándoles á la lucha, hizo que cayesen sobre la Alhambra tremolando el pendon de guerra.

Horribles escenas siguieron al impetuoso ataque de los partidarios de Boabdil, que ensangrentaron durante tres dias las calles de Granada, y acaso hubiéranse esterminado en aquella civil lucha unos y otros contendientes á no haber mediado alfakies y ancianos respetables, que obtuvieron al fin se celebrase un convenio, en virtud del cual, Boabdil pasaria á establecerse como rey en Almeria, quedando Hazen en Granada.

Desgraciadas empresas contra los cristianos, acometidas por Muley, y repetidos triunfos obtenidos por los guerreros de Isabel y Fernando, escitaban de nuevo los enconados ánimos de las opuestas banderías en Granada, acusándose recíprocamente de los infortunios de su patria, que unos y otros llevaban con igual empeño al precipicio. Postrado en cama y casi ciego Muley, poca oposicion hubiera ya